

R E C E N S I O N E S

ARROYO LASA, JESUS: *Reflexiones sobre psicología social*. Publicaciones de la Universidad José Simeón Cañas. Departamento de Psicología. San Salvador, 1971, 120 pgs.

El colonialismo cultural norteamericano imperante en psicología —como en otras ciencias y disciplinas— nos tiene demasiado acostumbrados a una psicología social aséptica, apolítica —preocupada, todo lo más, por analizar el nazismo—, y, no pocas veces, amorfa a fuer de desencarnada. Por eso, este librito del Dr. Arroyo nos parece sumamente oportuno. Oportuno por su actualidad, patente en la temática afrontada; oportuno por su originalidad, en nada ciega a las aportaciones de otros; oportuno, finalmente, por su enraizamiento en nuestra problemática latinoamericana. Ya es hora de que nuestros estudios de psicología social vayan más allá de las investigaciones de Lewin sobre los grupos autoritarios o democráticos, la problemática racial norteamericana o los estereotipos vigentes en la sociedad yanqui. No es que todos estos problemas no tengan interés; es, sencillamente, que no son nuestros problemas. Y este tipo de planteamientos de psicología social es tanto más peligroso cuanto que, de hecho, siempre se cuela de rondón en ellos una determinada ideología que, so capa de pureza científica, nos mantiene ignorantes y alienados respecto a nuestra propia realidad.

Tres partes tiene la presente obra. En la primera, el autor, de la mano de Marcuse, analiza las posibilidades de una nueva antropología, “base de la futura comunidad”, de una nueva moral, que purifique “la inmoralidad reinante en todos los órdenes de la actividad psicosocial actual”, y de una nueva sociedad, “como término al que todos vehementemente aspiramos”. Gran conocedor de Marcuse, Arroyo sabe espigar sus aportaciones fundamentales con respecto a estos tres temas, que tocan la médula de la configuración psicosocial actual. Echamos de menos en esta parte una mayor explicación de los puntos tocados. Las implicaciones son tan serias, que bien merecerían un comentario y una crítica más extensos. A quien no conozca los escritos de Marcuse, esta primera parte le resultará demasiado apelmazada y de no fácil comprensión.

En la segunda parte —en nuestra opinión, la mejor y más original— el autor se enfrenta con una serie de comportamientos sociales, característicos de nuestro medio. Ante todo, con el consumo de la marihuana, hoy tan de moda. Lo que se busca en la droga —nos dice— es una negación maníaca de la realidad, que se origina en las perturbaciones en la identidad del yo y en la identidad social. Respecto a nuestra realidad política, se da en ella una auténtica socialización de la paranoia, y eso, tanto en los comportamientos políticos oficiales como en los de oposición, o en los —mal llamados— revolucionarios. Estas ideas ya fueron expuestas más ampliamente por el autor en un reciente artículo publicado en ECA (ver el N° de Enero-Febrero de 1971, pgs. 81-97). Nuestra realidad social engendra al marginado, cuyos síntomas son: conciencia de marginación —real o imaginaria—, envidia psíquica y neurosis de posesión. Para Arroyo, el mar-

ginado lo es, desde el punto de vista psicosocial, “porque su imagen del mundo es incompatible, disociante, rechazante, con relación a sus oportunidades de ingreso en la sociedad... como consecuencia de las experiencias negativas tenidas con ella” (pg. 51). Siguen un análisis del poder económico opresor y de las conductas asociales relacionadas con la sexualidad. Estas conductas son causadas por introyecciones de modelos de identificación genitales y no verdaderamente sexuales. ¿No habría que buscar aquí —nos preguntamos— la raíz de nuestro machismo? No toca Arroyo este punto, y es una lástima. En unas breves notas sobre la psicopatología del atesoramiento de bienes materiales, Arroyo defiende que su origen hay que situarlo en la insatisfacción de las necesidades básicas o —en otros casos— en una fijación a satisfacciones materiales excesivas, percibidas sin conexión ninguna con el afecto amoroso que deberían haber expresado y que esperaba el psiquismo. Esta experiencia primaria engendra la personalidad reificada, que cifra su expansión en la pura posesión física. La segunda parte se cierra con una reflexión sobre la “desatención selectiva” de las necesidades sociales. En resumen, un capítulo breve, pero preñado de sugerencias para la comprensión dinámica de nuestra sociedad.

En la tercera parte, “la educación de la sociedad”, Arroyo plantea el futuro a partir de un cambio en los sistemas de aprendizaje, en otras palabras, a partir de una educación liberadora, tal como ha sido propuesta por Paulo Freire. Para Arroyo, la toma de conciencia implica, más allá de las nuevas experiencias, un volver a nuestras raíces humanas, es decir, al “ello hispanoamericano”. Este volver liberador sólo es posible —como se nos dice en la conclusión— mediante el amor. Porque “sólo el amor, en último caso, redime, libera. Todo lo demás que confluya a la liberación tiene razón de ser en cuanto está imbuido de amor y llega a la praxis en virtud del mismo amor” (pg. 102). Pero eso supone un desenmascarar las falsas actitudes revolucionarias, tan paranoicas en su razón de ser como las oficialmente imperantes, así como las falsas actitudes caritativas, llenas de secretismo y desculpabilización neurótica. La liberación social tiene que pasar por la sangre, “pero no la ajena, sino la propia” (pg. 120). Ciertamente, el autor nos propone una “ilusión utópica”, una tarea difícil y urgente. He aquí, pues, un libro que debe hacernos reflexionar... y actuar.
I. M. B.